

Un Amor Desdichado

El destino quiso que Emma esa tarde decidiera ir a buscar a su amiga Anita a la escuela donde trabajaba. En la puerta la saludó una persona, ella no le puso atención. Esta persona empezó a aparecérselo muy seguido: En la tienda, el mercado, en la plaza y hasta en la misa dominical. “Este hombre me sale hasta en la sopa”, decía Emma.

Poco a poco la fue conquistando. Para él, un tipo común y corriente, de baja estatura y de ascendencia mapuche, era un sueño enamorar a una joven tan bella, elegante y fina, una estrella difícil de alcanzar.

La familia de Emma ya le había advertido que no le hiciera caso, argumentando que él no le convenía para nada. Ellos eran muy diferentes en muchos aspectos, y además, él nunca podría darle el nivel de vida al que ella estaba acostumbrada.

Esta advertencia estuvo muy lejos de lograr su objetivo, incluso la incentivó para mirarlo de otra manera. También el empeño del profesor, que se desvivía en atenciones y detalles como cartas apasionadas, flores y chocolates.

El amor y la ilusión despertaron con mucha intensidad, ya nada ni nadie la podría separar del amor de su vida.

Él le habló de matrimonio y ella comenzó a preparar su ajuar. Bordaba cada prenda con sus iniciales entrelazadas. Toda esta magia se esfumó con la noticia de

que le habían ofrecido un cargo de director en la escuela de su pueblo natal, y debería presentarse a la brevedad. Una oportunidad así no se debía desechar.

Aunque se entristeció por unos días, luego se animó pensando en una vida tranquila con su amado en un romántico pueblito. ¿Qué más podría necesitar?

Se marchó una tarde, ella lo despidió en la estación. Le prometió escribirle seguido, y lo más pronto posible, una vez que encontrara la casa adecuada, correría a buscarla para casarse y viajar hacia la felicidad.

Mientras Emma seguía preparando su ajuar le llegaban puntualmente las cartas de su enamorado. Éstas poco a poco se fueron distanciando, hasta que la última rompió en mil pedazos su corazón. Muy fríamente y en muy pocas palabras, le decía que debía casarse con una joven a la que había embarazado: Debo cumplir con mi deber de hombre -decía cínicamente- sin mayor explicación, ni mucho menos una disculpa.

Sin contarle nada a su familia, ella tomó una decisión: Se fue rápidamente a la botica de su tía y le explicó muy nerviosa que en su casa habían aparecido unos ratones. Ella sabía muy bien que le ocasionaban terror a su hermana.

Le pidió que le vendiera algún veneno efectivo para solucionar el problema. La boticaria le entregó un paquete de soda cáustica, advirtiéndole que era muy peligroso y que tuviera cuidado con su manipulación.

Emma no volvió a su casa. Se dirigió rápidamente a la casa de su amor y frente a la puerta de entrada se sentó e ingirió gran parte del paquete. Cuando los

dueños de casa escucharon los quejidos, desesperados la llevaron al hospital donde agonizó varios días.

En su agonía olvidó lo sucedido, y muchas veces preguntaba: - ¿Aquí reciben cartas? Por favor pregunte si hay alguna para mí, ya tengo listo mi ajuar, debo preparar el viaje y estar lista para cuando me venga a buscar-.